



El estatuto de la literatura infantil¹

Regina Zilberman

Si no aceptamos presuntuosamente la literatura infantil, antes de todo, como un artificio seguro, salubre y antiséptico para la preservación de la puerilidad, es porque sus llamadas más fundamentales son las llamadas de toda la efectiva literatura—ella explora nuestro deseo de novedad, así como nuestra insistencia de la realidad humana.

Edward W. Rosenheim, Jr.

Dentro de los géneros literarios existentes, uno de los más recientes es el constituido por la literatura infantil, que apareció durante el siglo XVIII, época en la que los cambios en la estructura de la sociedad provocaron efectos en el ámbito artístico, cambios que se mantienen hasta la actualidad. Entraron en decadencia los géneros clásicos, como la tragedia y la epopeya, sustituidos por el drama, el melodrama y el *romance*, formas orientadas a la manifestación de los eventos de la vida burguesa y cotidiana, que tomaron el lugar de los asuntos mitológicos y de los personajes aristocráticos. Aparte de eso, el progreso de las técnicas de industrialización llegó al arte literario, facilitando la producción en serie de obras y de materiales de fácil distribución y consumo, fenómeno posteriormente designado como cultura

¹ «O estatuto da literatura infantil». Traducción de Biagio D'Angelo.

de masas. Marcada por la banalidad de los temas, la fijación de los estereotipos humanos y la transmisión de comportamientos ejemplares, la literatura trivial revela como criterio de elaboración la repetición de los mismos artificios compositivos hasta su agotamiento.

En ese contexto, aparece la literatura infantil; sin embargo, su nacimiento posee características propias, pues se inicia de la ascensión de la familia burguesa, del nuevo *status* concedido a la infancia en la sociedad y de la reorganización de la escuela. Consecuentemente, se vincula a aspectos particulares de la estructura social urbana de clase media, sin necesidad de requerir que el proceso de industrialización se haya completado. A su vez, la aparición y la expansión de la literatura infantil se debieron antes de todo a su asociación con la pedagogía, ya que fue condicionada para convertirse en instrumento de esta. Por tal razón, el nuevo género careció, de inmediato, de estatuto artístico, ya que se le negaba a partir de entonces un reconocimiento en términos de valor estético, es decir, la oportunidad de hacer parte del reducto selecto de la literatura.

La degradación del origen motivó la identificación acelerada de la literatura infantil con la cultura de masas, con la que comparte la exclusión del mundo de las artes. Sin embargo, un redimensionamiento del problema se hace necesario, prefijándose como meta la verificación de las propiedades del género; esto supondrá, por un lado, el examen de sus relaciones con la pedagogía, a la que debe su nacimiento y, por otro, la definición de su dimensión estética, lo que la aproxima a la literatura y al arte.

LITERATURA INFANTIL Y TRADICIÓN PEDAGÓGICA

Para conceptuar la literatura infantil, es necesario proceder a una consideración de orden histórico, ya que el género no solamente posee un origen determinable cronológicamente; así también su aparición derivó de exigencias propias de la época. Además, hay un vínculo estrecho entre su nacimiento y un proceso social que marca indeleblemente la civilización europea moderna y, por extensión, occidental. Se trata de la emergencia de la familia burguesa a la que se asocia, a partir de eso, la formulación del concepto actual de infancia, modificando el estatus del niño en la sociedad y en el ámbito doméstico, y el establecimiento de aparatos ideológicos que buscarán preservar la unidad del hogar y, especialmente, el lugar del joven en el medio social. Las ascensiones respectivas de una institución como la escuela, de prácticas políticas,

como la obligatoriedad del estudio y la filantropía, y de nuevos campos epistemológicos, como la pedagogía y la psicología, no solamente están interrelacionadas, sino representan una consecuencia del nuevo puesto que la familia y, respectivamente, el niño adquieren en la sociedad. Es en el interior de este marco que surge la literatura infantil.

HISTORIA DE LA FAMILIA

La estructura designada como familia moderna es un acontecimiento del Siglo de las Luces. Diferentes historiadores² coinciden en afirmar que fue alrededor de 1750 que se asistió al término de un proceso iniciado en el final de la Edad Media con la decadencia de las estirpes y la desvalorización de los lazos de parentesco, y culminó con la conformación de una modalidad familiar unicelular, amante de la privacidad y orientada a la preservación de las relaciones afectivas entre padres e hijos.

El sistema de estirpes y clientela predominó en Europa durante la Edad Media, vinculado al modelo feudal. Centralizado en la preservación de amplias relaciones de parentesco, rigió siempre, como meta, la manutención de la propiedad y la transmisión de la herencia. Supone, además, la supremacía de una clase aristocrática, propietaria de tierras, que amplía su dominación a través de la expansión de los vínculos familiares. El matrimonio es uno de sus principales instrumentos, de modo que de este se excluyen los lazos afectivos, ya que es prioritario atender las prerrogativas del grupo.³ Por eso, no existe la noción de privacidad o voluntad individual, porque el jefe de familia centraliza todo y defiende sus intereses; así también está ausente una solidaridad especial entre los cónyuges o las generaciones.

Stone describe la situación de los niños en esta época: no recibían ninguna atención particular, ni gozaban de un estatus diferenciado; aún se registran altas

² Sobre la historia de la familia moderna y sus antecedentes, véase los siguientes autores: ARIÈS, Philippe. *História social da criança da família*. Rio de Janeiro: Zahar, 1979; DONZELOT, Jacques. *The Policing of Families*. New York: Pantheon Books, 1979; POSTER, Mark. *Teoria crítica da família*. Rio de Janeiro: Zahar, 1979; RICHTER, Dieter. *Til Eulenspiegel-der asoziale Held und die Erzieher. Kindermedien. Asthetik und Kommunikation*. Berlin: Auk Verlag, (27) abr. 1977; SHORTER, Edward. *The Making of the Modern Family*. Glasgow: Fontana/Collins, 1979; STONE, Lawrence. *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*. London: Pelican Books, 1979.

³ Cf. STONE, Lawrence, *op. cit.*, pp. 69-76.

tasas de mortalidad infantil, desde el parto o prematuramente. Participaban de modo igualitario de la vida adulta, como afirma Dieter Richter:

En la sociedad antigua, no había la «infancia»: ningún espacio separado del «mundo adulto». Los niños trabajaban y vivían junto con los adultos, testimoniaban los procesos naturales de la existencia (nacimiento, enfermedad, muerte), participaban junto a ellos en la vida pública (política), en las fiestas, guerras, audiencias, ejecuciones, etc., teniendo así un lugar asegurado en las tradiciones culturales comunes: en la narración de historias, en los cantos, en los juegos.⁴

Estaban, sin embargo, excluidos del proceso de decisiones, tanto como los demás miembros del clan. A respecto de la existencia cotidiana en tal período, complementa Stone:

Los niños eran frecuentemente descuidados, tratados brutalmente y hasta asesinados; muchos adultos los trataban mutuamente con sospecha y hostilidad; el afecto era bajo y raro. [...] La falta de una única figura materna en los primeros dos años de vida, la pérdida constante de parientes próximos, hermanos, padres, amas y amigos debido a la muertes prematuras, el aprisionamiento físico del infante en pañales apretados en los primeros meses y la deliberada quiebra de la voluntad infantil, todo esto contribuyó para un «entorpecimiento psíquico», que formó muchos adultos, cuyas respuestas a los demás eran, en el mejor de los casos, de indiferencia calculada y, en el peor, una mezcla de sospecha y hostilidad, tiranía y sumisión, alienación y violencia.⁵

En el siglo XVII acontecen cambios sensibles. La centralización del poder entorno a un gobierno absolutista será acompañada por el debilitamiento de los grupos de parentesco, vinculados a las grandes propiedades y a la aristocracia de abolengo. El Estado moderno, en el proceso de abolición del poder feudal, encuentra en la familia nuclear su sustento mayor, correspondiéndole, entonces, reforzar y favorecer su situación y estructura,⁶ así como su universalidad. Se ve, así, que el cambio apunta a una alianza entre el poder político centralizador y la clase burguesa y

⁴ RICHTER, Dieter, *op. cit.*, p. 36.

⁵ STONE, Lawrence, *op. cit.*, p. 80.

⁶ También DONZELOT, Jacques, *op. cit.*, p. 50.

capitalista, que se lanza a la expansión de su ideología sobre la familia, fundada en el individualismo, en la privacidad y en la promoción del afecto: entre esposos, estimulando la institución del matrimonio, y entre padres e hijos, por estar interesada en la armonía interior del núcleo familiar.

Stone identifica, en el proceso, dos momentos diferenciados: en el siglo XVII, la organización es fuertemente patriarcal y recibe gran influencia y estímulo de los protestantes, ya que los pastores entendían al niño como un individuo que debe ser adiestrado por la educación religiosa rígida, recayendo en los padres la misión de lograr el sometimiento de la voluntad infantil; en el siglo XVIII, los pequeños y las mujeres gozaron de mayor libertad, de modo que la familia exhibe la imagen de un compañerismo interno, dominado por el liberalismo y el calor afectivo, y no por el poder paterno ni la obediencia jerárquica. Y, si en el siglo XVII ya se verifica un interés especial por el niño, que provoca la edición de los primeros tratados de pedagogía, escritos por los protestantes ingleses y franceses, el siglo XVIII asiste al pasaje completo de la infancia al centro de las consideraciones. Describiendo los rasgos que caracterizan la familia en este período, Stone comenta:

Una cuarta señal era la identificación de los niños como un grupo de *status* especial, distinto de los adultos, con sus instituciones especiales propias, como las escuelas, y sus propios circuitos de información, de los cuales los adultos intentaron excluir, de modo creciente, el conocimiento sobre el sexo y la muerte.⁷

Jacques Donzelot verifica en Francia un fenómeno similar, orientado a la protección de los niños. El movimiento tiene una doble finalidad: por un lado, valoriza la familia burguesa; por el otro, se dirige a los niños pobres, cuya supervivencia es considerada importante, al significar la garantía de mano de obra futura. Por ello, el proceso toma características propias en las diferentes esferas sociales. En el ámbito de la familia burguesa, se trata de disminuir la importancia concedida a las «amas de leche», responsables por la manutención alimenticia y la educación de los infantes en los primeros años y causa del gran número de muertes precoces.⁸ De este modo, se refuerza el papel de la esposa dentro del núcleo familiar, a fin de hacerle

⁷ STONE, Lawrence, *op. cit.*, pp. 149-150.

⁸ Cf. DONZELOT, Jacques, *op. cit.*, p. 16.

asumir su función materna. Resulta, así, la ascensión de la mujer en el ambiente doméstico, lo que le permite asegurar el control del universo casero y adquirir un nuevo lugar social; esta posición ablanda el patriarcado del siglo anterior y permite que avance ideológicamente, en la medida en que el Estado no podrá más prescindir de su colaboración para la estabilidad y funcionamiento del engranaje social.

En las esferas inferiores, la evolución es más lenta, debido a que se trata de incorporar al trabajador a la concepción de familia. Habitados a abandonar a los niños a los cuidados de instituciones de caridad mantenidas por el poder público o religioso, el matrimonio no les parecía una necesidad, menos aún la educación de los hijos, generalmente ilegítimos. La adopción de estos niños aumenta el costo social de la pobreza; además, las altas tasas de mortalidad infantil, por falta de atención y cuidados en el momento conveniente, privan a las industrias nacientes de mano de obra barata y disponible. De ahí la modificación: cabía estimular el matrimonio y la manutención de los niños. Una vez que esta meta fue alcanzada por medio de la alianza con las mujeres, al valorizarse la circunstancia de que, en una familia ordinaria y ascendente, incluso de procedencia proletaria, la esposa no debería trabajar, y sí, en cambio, dedicarse a sus funciones ahora promovidas como naturales, generalmente, los encargos domésticos y el cuidado de los niños.

Stone igualmente acentúa la ascensión del modelo familiar orientado a los hijos, lo que acontece sobre todo en la burguesía, y ocasiona una nueva calificación de la figura materna en cuanto personaje dominante de la estructura doméstica:

No hay dudas de que, entre 1660 y 1800, ocurrieron cambios significativos en la práctica de crianza de los niños, particularmente entre la alta burguesía y los profesionales liberales. Los cueros apretados dieron lugar a ropas sueltas, amas de leche contratadas para amamantar, la dominación de la voluntad por la fuerza a la permisividad, la distancia formal a la empatía, así que la madre se volvió la figura dominante en la vida de los niños.⁹

Sin embargo, en el ámbito de la clase proletaria, el proceso no se da con la misma uniformidad. Donzelot recuerda los diferentes esfuerzos durante el siglo XIX (no solamente para consolidar la vida doméstica de los operarios a partir del

⁹ STONE, Lawrence, *op. cit.*, p. 284.

mismo centro, la mujer) para garantizar la educación de los niños. Pero, no solo estos continuaron siendo abandonados precozmente, sino que, en el caso de su conservación en la familia, fueron obligados a trabajar, tratados con violencia o descuidados.¹⁰ En esta medida, aunque el modelo familiar burgués pretendiese universalizarse a través de sus rasgos característicos —es decir, la valorización de la unidad interna y los lazos de afecto, aumentando la importancia de la mujer y del niño; el estímulo a la privacidad, disminuyendo tanto la ingerencia de los sirvientes en la vida familiar, así como la influencia de los parientes—, este no impide que se mantenga la división social y la permanencia de un tratamiento diferenciado de los ciudadanos, de acuerdo con el interés del Estado moderno.

El éxito en el proceso de privatización de la familia —mayor en la clase burguesa, menor entre los operarios— generó un vacío, relacionado a la socialización del niño. Si la configuración de la familia burguesa lleva a la valorización de los hijos y a la diferenciación de la infancia en cuanto a edad y estrato social, hay concomitantemente, y por causa de esto, un aislamiento del niño, separándolo del mundo adulto y de la realidad exterior. Así, la escuela adquirirá nueva significación, volviéndose el vínculo de unión entre los chicos y el mundo, y restableciendo la unidad perdida. Philippe Ariès asocia a este fenómeno la ascensión de la pedagogía y de las enseñanzas modernas, basadas en las clases de edad, homogéneas y encadenadas, que buscan insertar progresivamente a los pequeños en el mundo.¹¹ No obstante, también la institución escolar presentó respuestas particularizadas en los diferentes casos, lo que correspondió, en el plano de la educación, a la práctica social en el nivel comunitario. De este modo, cabe averiguar las circunstancias peculiares del medio ambiente y la vivencia de los jóvenes de procedencia respectivamente burguesa y proletaria.

El niño burgués se encuentra plenamente integrado en el contexto familiar, estructurado para resguardarlo. El agente de esta protección es la figura materna, que da una base histórica y social al complejo de Edipo, como sostienen Stone y

¹⁰ Cf. a propósito STONE, Lawrence, *op. cit.*, p. 294: «Entre la masa de los muy pobres, los testimonios disponibles sugieren que el comportamiento común de muchos padres en relación a sus hijos era frecuentemente imprevisible y, muchas veces, indiferente o cruel».

¹¹ Cf. a propósito ARIÈS, Philippe, *op. cit.*, p. 232: «Como si la familia moderna hubiese nacido al mismo tiempo que la escuela, o, por lo menos, el hábito general de educar los niños en la escuela».

Poster.¹² La mujer aumenta su participación en la organización doméstica, aunque, como en el caso del niño, el aumento de importancia en el círculo privado de la familia corresponda a la exclusión de la esfera pública, accesible a todos durante el periodo de predominio de la estructura de estirpes y clientela. Mujer y niño, madre e hijos, crecen en sus funciones internas, a medida que se aíslan del ámbito exterior, y también este retraimiento da nuevas dimensiones al trauma edípico en un medio burgués.

La situación entre los proletarios no es idéntica. La preservación del niño apunta a la formación y manutención de un contingente operario disponible; esta tarea se vincula a la familia, dentro de la cual la responsabilidad mayor recae en las madres. Pero, debido a la necesidad creciente de aumento de la renta familiar, los padres arrojan al mundo a los pequeños con mucha mayor rapidez y violencia. Por su parte, los adultos no cumplen su papel íntegramente, lo que justifica la reacción de los poderes públicos y privados, que intensifica la interferencia en el cuadro doméstico operario. Aparecen las organizaciones filantrópicas que, dirigidas a las esferas populares, procuran sanar las dificultades internas de la familia (menos las de orden financiera), interviniendo en la intimidad de esta. La asistencia a la escuela recibe nuevo estímulo, que transforma a esta institución en accesible y abierta a todos los componentes del cuerpo social.

Si la escuela tiene esta procedencia liberal, que intenta universalizar el conocimiento, por otro lado, el énfasis en la frecuencia del alumno en las aulas posee un papel ideológico bastante comprensible, relacionado a su función de instrumento que disminuya los contrastes sociales. Su funcionamiento se caracteriza por invertir simétricamente la actividad materna, en la medida en que le cabe reintroducir al niño en la realidad externa. Pero, igualmente, ejerce una tarea femenina, una vez que actúa como mediadora entre el mundo interior del pequeño y la sociedad. A su vez, esta última solamente se presenta al estudiante de modo indirecto, a través de libros didácticos, laboratorios, conferencias, mapas, dado que, todavía, la convivencia social existe solo entre los muchachos, y no con los adultos. Se trata, pues, de otra

¹² Cf. POSTER, Mark, *op. cit.*, p. 42: «El secreto de Edipo está aquí localizado; no en los bellos mitos de la Grecia antigua, sino en el prosaico hogar burgués», y STONE, Lawrence, *op. cit.*, p. 115: «Actualmente está bastante claro que cuatro de los principales traumas (oral, anal, genital y edípico) que Freud investigó entre sus pacientes y que supuso como universales, dependen de experiencias peculiares a la sociedad de clase media del periodo europeo victoriano, de donde venían sus pacientes».

modalidad de clausura, que también refuerza el estado pueril y sustrae al niño del conjunto de la sociedad.

Una vez más cabe distinguir lo que se refiere al niño proletario. Este tiene mayor vivencia mundana, de modo que la escuela no puede pretender competir con el aprendizaje que viene de las calles. A pesar de todo, la educación formal es imprescindible, ya que posibilita la separación entre el joven y el adulto, tarea que la familia, y sobre todo la mujer, cumple de modo imperfecto. Y es cuando la escuela quiere disolver los lazos que unen a los niños con la vida social, como en el caso de los trabajadores, que se muestran claramente sus objetivos de aislamiento. De hecho, fue por causa de los alumnos oriundos de la clase operaria que la enseñanza se volvió obligatoria en Europa a partir del siglo XIX. Así, fue retirado del medio proletario un contingente significativo de mano de obra, con el objetivo de proteger la infancia y evitar el envilecimiento de los salarios. Al mismo tiempo, sin embargo, esta medida provocó la disminución de la renta familiar, lo que repercutió necesariamente en el aumento de la productividad del adulto.

Donzelot describe el fenómeno, partiendo del hecho sabido de que, en el siglo XIX, eran los niños que recibían mejores oportunidades de empleo. Siendo mano de obra más barata, generaban un lucro inmediato; pero, menos capacitados, su productividad era menor. Además, empleando a los hijos, los adultos podían pasar el día en bares, participando de movimientos políticos o provocando violencia. Había urgencia en ocuparlos exhaustivamente, así como en capacitar a los operarios del futuro. Haciendo obligatoria la enseñanza, los niños eran retirados del mercado; pero era necesario estimular a los padres a que inscriban a los hijos en el colegio. Este era el procedimiento adoptado por el Estado:

Solamente la educación gratuita no era la solución. ¿Se debería, entonces, decretar un sistema simple de educación obligatoria? No, tal propuesta chocaba seriamente con la lógica liberal. Entonces, ¿por qué no invertir la táctica? Valgámonos de la dispensa de pago para atraer familias que estaban imbricadas en bloques de dependencia y de la obligatoriedad contra los que vivían marginalmente en los inciertos vestigios de las antiguas redes de solidaridad.¹³

¹³ DONZELOT, Jacques, *op. cit.*, pp. 76-77.

Es en esta medida que se desvelan el sentido cerrado de la enseñanza y las condiciones en las que se da la formación del niño en el medio familiar actual, sea rico o pobre.

LA FUNCIÓN DE LA LITERATURA INFANTIL

La psicología infantil se responsabiliza por la teoría de la formación del niño: su aplicación en el campo didáctico se relaciona a la pedagogía y se refleja, además, en el terreno artístico, cuando aparece la literatura infantil. Así, la emergencia de este género se explica históricamente, en la medida en que aconteció en estrecha relación a un contexto social delimitado por la presencia de la familia nuclear doméstica y la particularización de la condición pueril como edad y estado existencial. Por otro lado, se volvió uno de los instrumentos a través del cual la pedagogía anheló alcanzar sus objetivos.¹⁴ A. C. Baumgärtner denuncia la prioridad de las motivaciones educativas sobre las literarias, y de la génesis de la producción de textos jóvenes durante el siglo XVIII: «Lo que llamamos literatura infantil “específica”, es decir, los textos escritos exclusivamente para niños, no tiene su origen primariamente en motivos literarios, sino pedagógicos».¹⁵

A partir de esto, afirma Baumgärtner, «la literatura infantil es, en primer lugar, un problema pedagógico, y no literario».¹⁶ Por ello, procede de una situación histórica particular, vinculada al origen de la familia burguesa y de la infancia como «clase» especial, participa de esta circunstancia no solo porque provee textos a este nuevo grupo, sino porque colabora en su dominación, aliándose a la enseñanza y transformándose en su instrumento.

Cabe, además, colocar la cuestión no apenas a partir de una sociología de la infancia, pero sí tomar como base la vivencia que esta tiene en el mundo, en el nivel propiamente existencial. K. W. Peukert, estableciendo un fundamento antropológico

¹⁴ Véase a propósito la relación establecida por BAÄCKE, Dieter. «Der junge Leser in Sozialisationsprozess. Zur Konstitution von Realität». En *Modern Realistic Stories for Children and Young People*. 16th IBBY-Congress. Germany: Arbeitskreis für Jugendliteratur e. V., 1978, p. 49: «La existencia de un mercado propio del libro infantil y juvenil es una invención de la pedagogía (cuyo primer punto alto se dio durante la Ilustración), y la pedagogía es una invención de la sociedad burguesa».

¹⁵ BAUMGÄRTNER, Alfred Clemens. «Realistische Literatur für Kinder. Möglichkeiten und Grenzen». En *Modern Realistic Stories for Children and Young People*. 16th IBBY-Congress. Germany: Arbeitskreis für Jugend-literatur e. V., 1978, p. 121.

¹⁶ *Ibidem*, p. 124.

para el libro infantil, lo que puede darse solamente si fuese centrado en el niño, caracteriza el mundo interior de este como un «espacio vacío», y explica: «el espacio vacío» no es vacío, porque los niños todavía no vivieron, porque no pueden ordenar las vivencias». ¹⁷ Así, si el niño —debido no solo a su circunstancia social, sino también por razones existenciales— se ve privado de un medio interior para la experimentación del mundo, necesitará de un soporte fuera de sí que le sirva como auxiliar. Es este lugar que la literatura infantil cumple de modo particular, porque, al contrario de la pedagogía o de las enseñanzas escolares, ella lidia con dos elementos adecuados para la conquista de la comprensión de lo real:

- a) Una historia, que presenta, de manera sistemática, las relaciones presentes en la realidad que el niño no puede percibir por cuenta propia:

El niño entiende la historia sin estos presupuestos [del adulto]. La comprensión de la realidad, existencia y vida todavía no se basa en procesos lingüísticos de comunicación, sino en las relaciones sociales primarias y en las propias actividades. Las historias infantiles desempeñan, pues, una primera forma de comunicación sistemática de las relaciones de la realidad, que aparecen al niño en una objetividad corriente. O, por otra: las historias infantiles son una especie de teoría especulativa que va más allá de la actividad inmediata social e individual del niño. ¹⁸

- b) El lenguaje, que es el mediador entre el niño y el mundo; de modo que, propiciando, a través de la lectura, una ampliación del dominio lingüístico, la literatura cumplirá una función de conocimiento: «el leer se relaciona con el desarrollo lingüístico del niño, con la formación de la comprensión de lo ficticio, con la función específica de la fantasía infantil, con la credulidad en la historia y la adquisición de saber». ¹⁹

En vista de estas peculiaridades estructurales, la literatura infantil contradice el carácter pedagógico antes referido, comprensible a partir del examen de la perspectiva del niño y del significado que el género puede tener para él. Su actuación se da

¹⁷ PEUKERT, Kurt Werner. «Zur Anthropologie des Kinderbuches». En HAAS, Gerhard (ed.). *Kinder- und Jugendliteratur. Zur Typologie und Funktion einer literarischen Gattung*. Stuttgart: Reklam, 1976, p. 95.

¹⁸ *Ibidem*, p. 82.

¹⁹ *Ibidem*, p. 79.

dentro de una parte del conocimiento, no porque transmite informaciones y enseñanzas morales, sino porque puede otorgar al lector la posibilidad de desdoblamiento de sus capacidades intelectuales. El saber adquirido se obtiene, así, a través del dominio de la realidad empírica, es decir, aquella que le es negada en su actividad escolar o doméstica, desencadenando una «ampliación de la dimensión de comprensión»²⁰ y la adquisición del lenguaje, producto de la recepción de la historia como audición o lectura, y de la decodificación de la misma.

Con esto, se explicita la duplicidad propia a la naturaleza de la literatura infantil: por un lado, percibida bajo la óptica del adulto, se desvela su participación en el proceso de dominación del joven, asumiendo un carácter pedagógico, por transmitir normas e involucrarse con su formación moral; por el otro, cuando se compromete con el interés del niño, se transforma en un medio de acceso a lo real, en la medida en que facilita la ordenación de experiencias existenciales, a través del conocimiento de historias, y la expansión de su dominio lingüístico. Esta duplicidad marca su limitación, generando el desprestigio enfrente del público adulto, ya que este no admite el legado doctrinario que le transfiere.

Vinculado el descrédito al compromiso con la enseñanza y con el proceso de dominación de la infancia, la literatura infantil, a pesar de todo, tiene algo para ofrecer al niño, desde que se examina en relación a su construcción propiamente literaria. Es cuando se verifican los beneficios que la historia y el discurso traen al lector. Esta construcción puede ser entendida a partir de otra peculiaridad artística del género: es el hecho, señalado por Peukert, de no conocer fronteras. En efecto, el libro infantil desconoce un tema específico, no es determinado a partir de una forma (sea verso o prosa, novela o cuento) y, además, se desliza libremente de la realidad a lo maravilloso. Además, incorpora al texto la ilustración y admite modalidades propias, como el cuento de hadas o la historia con animales.

Este incremento, simétrico y contrario a la limitación antes mencionada, comienza de la relación particular que establece con el lector. Careciendo el niño de cualquier horizonte, que en el adulto proviene de su vivencia acumulada en el tiempo, esta relación es permeable a todo; de ahí la maleabilidad de las metas ofrecidas por los textos llamados infantiles. Este hecho suministra a estos últimos

²⁰ *Ibidem*, p. 84.

un amplio margen de creatividad, que podría ser capitalizada. Sin embargo, no es lo que sucede, ya que, generalmente, los niños apenas se apropian del punto de vista técnico y temático de los resultados alcanzados por la literatura para los adultos. Por lo tanto, aunque la literatura infantil haya originado alguna especie exclusivamente propia, como la historia de animales, o adoptado otras de modo irremediable, como el cuento de hadas, no presenta una trayectoria que se enfrente a la literatura proponiendo técnicas y recursos propios de expresión, prefiriendo acompañar de lejos el progreso del arte poético.

A partir de estos aspectos observados, se examinan los problemas relativos al realismo y a la verosimilitud. El hecho de ofrecer un campo ilimitado de acción en el ámbito narrativo parece privar a la literatura infantil de verismo. La exigencia de un realismo se contrapone a la inevitable presencia de la fantasía, incorporada a las historias para la infancia desde sus orígenes.

La colaboración con lo fantástico remonta a los comienzos de la producción orientada al público infantil, cuando los primeros escritores, como Charles Perrault, en el siglo XVII, y los hermanos Grimm, en el inicio del siglo XIX, se apropiaron de los cuentos de hadas. Estos relatos se fundan, de preferencia, en una acción de procedencia mágica, resultante de la presencia de un auxiliar con propiedades extraordinarias que se pone al servicio del héroe: un hada, un duende, un animal encantado. Esta colaboración voluntaria posibilita la superación, por parte del personaje central, del conflicto que haría estallar el evento ficcional, y su ayuda es imprescindible debido a la condición siempre precaria o carente de la figura principal.

Explicando la discrepancia entre el estado de penuria económica, afectiva o intelectual del agente de la narrativa —un soldado pobre, una hijastra rechazada por la familia, un hijo más joven y poco inteligente— y la omnipotencia del auxiliar mágico, Dieter Richter y Johannes Merkel aluden al origen sociológico de estos cuentos. Estos provenían de las clases más pobres e inferiores de la pirámide social de Europa central: los campesinos y los artesanos urbanos, que se enfrentaban con una estratificación rígida e inmutable, de modo que, aunque rebelándose, no podían transformarla.²¹ Solo a través de la intervención de una fuerza sobrenatural la situación podría ser revertida —así, el soldado destrona al rey, y la pobre hijastra

²¹ MERKEL, Johannes y Dieter RICHTER. *Märchen, Phantasie und soziales Lernen*. Berlin: Basis Verlag, 1974.

se revela la preferida del príncipe. Pero, estos héroes no hicieron nada por sus propios medios, tan solo aceptaron de buen agrado la contribución de los entes superiores.

La fantasía posee un nítido sentido compensatorio, legítimo, según Richter y Merkel, en caso de que se piense que proviene de una situación de absoluto empobrecimiento e imposibilidad de cambiar el sistema. Por esta misma razón, los cuentos de hadas se revelaron bastante adecuados al nuevo público emergente. En primer lugar, porque no se puede escamotear la circunstancia de que la fantasía es un importante subsidio para la comprensión del mundo por parte del niño: ella ocupa los vacíos que el individuo necesariamente tiene durante la infancia, debido a su desconocimiento de lo real, y lo ayuda a ordenar sus nuevas experiencias, frecuentemente suministradas por sus propios libros.²² No obstante, la fantasía puede tomar la configuración del sueño, como un deseo insatisfecho que se realiza solamente como modo de reparación. Es esta significación que el ente maravilloso, presente en el cuento de hadas, puede corporificar: representará al adulto omnipotente, aliado y bueno, que soluciona el problema mayor del héroe, de modo que este se sujeta a la dominación del otro, sin cuestionar de donde proviene su poder o quién lo delegó a él. En el pasaje del relato folclórico a la literatura infantil, se perdió el contenido de rebeldía; pero, permaneció el elemento de naturaleza fantástica, con un contenido escapista y una representación del estado de impotencia del protagonista central y, por extensión, del niño.

Sin embargo, por las razones mencionadas, la fantasía es componente indispensable del texto dirigido a la infancia; debido a este hecho, sumado a su compromiso con el interés adulto, ella parece expulsar el realismo de los libros. Y este resultado puede ser una comprobación más del desprestigio de la literatura infantil.

A. C. Baumgärtner coloca el problema en otros términos: retomando una tradición aristotélica, lo vincula primordialmente a las exigencias de verosimilitud, fundadas en un desempeño posible del ser humano, traducido por la acción del personaje.²³ Ser realista es, por lo tanto, corresponder, en el plano artístico, a aquello

²² Véase PEUKERT, Kurt Werner, *op. cit.*, p. 85: «Cuanto menos las palabras son conocidas, tanto más fuertemente la fantasía es presionada a producir, conceptualmente y de modo sustitutivo, las relaciones de significación». Cf. igualmente BETTELHEIM, Bruno. *A psicanálise dos contos de fadas*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1978.

²³ Cf. BAUMGÄRTNER, Alfred Clemens, *op. cit.*, p. 118.

que es propio de lo humano en el plano existencial. Así, una historia de aventuras o un cuento maravilloso son válidos cuando presentan coherencia interna (leyes de posibilidad y necesidad) y coincidencia con un concepto de humanidad (ley de la verosimilitud externa).²⁴

Pero, esta exigencia puede ser desobedecida, debido no a la presencia de la fantasía, sino al cumplimiento de las prerrogativas pedagógicas. Por causa de estas, los libros son llevados a embellecer lo real y ofrecer modelos perfectos de comportamiento, así como a falsificar ciertas circunstancias u oscurecer otras. La deformación repercutirá en la coherencia interna de la narrativa, pero no provendrá de la ocurrencia de elementos de tipo maravilloso, lo que revela la índole seudodicotómica de la contraposición verismo *versus* fantasía. Así, también la denuncia de la realidad, a que tiende cierto tipo de libro para jóvenes, puede ser tan falsa como el texto lleno de intenciones moralizantes, porque en ambos reposa la misma meta pedagógica.²⁵

El dilema realismo *versus* fantasía puede ser resuelto si es puesto en otros términos. En efecto, el choque entre los condicionamientos que padece la literatura infantil por transitar el camino del didactismo y las posibilidades ilimitadas de creación, resultantes de la naturaleza todavía moldeable del lector, puede repercutir en un experimentalismo innovador o expansión de las técnicas literarias y de las vías narrativas.

De este modo, el conflicto vivido por la literatura infantil es, en otras palabras, entre ser o no ser literatura, lo que no significa necesariamente una dilución en la generalidad del arte literario, debido a la constitución específica de su receptor.

²⁴ ARISTÓTELES. *Poética*. Porto Alegre: Globo, 1966. Con respecto de las leyes de construcción artística: FUHRMANN, Manfred. *Einführung in die antike Dichtungstheorie*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1973; LIMA, Luiz Costa. *Estruturalismo e teoria da literatura*. Petrópolis: Vozes, 1971.

²⁵ Véase también las observaciones de John Rowe Townsend: «¿Está extinto actualmente el espíritu didáctico de los libros para niños? Tendemos a hablar y escribir como si lo fuera. Pero es lo contrario a nuestra visión de relaciones felices, relajadas y más o menos igualitarias entre generaciones, lo que enfrentamos actualmente como ideales. Es que la tendencia a instruir el joven está profundamente insertada en la naturaleza humana. Y si alguien observa la «cualidad» de los libros infantiles de hoy, y mucho más, lo que está escrito sobre ellos, es difícil evitar la conclusión de que el didactismo está mucho más vivo y que, envolviendo las debilidades intelectuales, estamos aptos a rechazar el concepto al aceptar la realidad. [...] Años atrás, botamos el viejo didactismo (el torpe moralismo) de la ventana; ahora él ha regresado por la puerta, vistiendo ropas modernas (valores inteligentes) y no conseguimos ni siquiera reconocerlo». «Didacticism in Modern Dress». En EGOFF, Sheila; STUBBS, G. T.; ASHLEY, L. F. *Only Connect. Readings on Children's Literature*. Toronto and New York: Oxford University Press, 1969, pp. 33-34.

DE LA PRODUCCIÓN A LA LECTURA

La descripción del contenido de la literatura infantil muestra que su dilema proviene de la necesidad de completar una misión no propiamente literaria en su origen y funcionamiento, de los que resultan cuestionamientos relativos a la oposición entre fantasía y realismo o a la inexistencia de una preocupación experimental. No obstante, cabe observar que la comprensión del género, generalmente, no se hace por este camino. Al contrario, ella se ve clasificada en analogía a la tipificación de las relaciones entre el adulto y el niño, al que se le imputan, por consiguiente, las cualidades atribuidas a la infancia en general, como la minoría de edad, la inferioridad y la etapa de «todavía no» literatura.

Tal calificación deriva del desconocimiento de los factores de producción, vinculados todos al adulto, responsable de un circuito que se extiende desde la creación de las historias hasta la edición, distribución y circulación, y culmina con el consumo, controlado sobre todo por padres y profesores. Así, el niño participa apenas colateralmente en esta secuencia, lo que revela la asimetría congénita a los libros a él destinados.²⁶ Se trata del recurso de la adaptación que indicará los medios de relativizar este hecho; el autor adulto identifica la perspectiva de su pequeño lector y se solidariza con él:

La particularidad más general y fundamental de este proceso de comunicación es la desigualdad entre los comunicadores, estando por un lado el autor adulto y por el otro el lector infantil. Ella dice respecto de la situación lingüística, cognitiva, al *status* social, para mencionar los presupuestos más importantes de la desigualdad. El emisor debe desear conscientemente la demolición de la distancia preexistente, para avanzar en la dirección del receptor. Todos los medios empleados por el autor para establecer una comunicación con el lector infantil pueden ser resumidos bajo la denominación de adaptación.²⁷

²⁶ A propósito de la asimetría, véase LYPP, Maria. «Asymmetrische Kommunikation als Problem moderner Kinderliteratur». En KAES, Anton y Bernhard ZIMMERMANN (eds.). *Literatur für Viele I*. Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 1975.

²⁷ LYPP, Maria, *op. cit.*, p. 165. Göte Klinberg caracteriza la adaptación describiéndola según cuatro modelos: adaptación del asunto, de la forma, del estilo y del medio. Cf. KLINBERG, Göte. *Kinder- und Jugendliteraturforschung. Eine Einführung*. Köln-Wien-Graz: Böhlau Wissenschaftliche Bibliothek, 1973.

Sin embargo, es necesario reconocer que permanece la unilateralidad del proceso, tanto como la superioridad y presencia sólida del adulto. Así, si los factores de minoría e inferioridad con los que el género es apreciado no son ocasionados por los pequeños consumidores, la tentativa de reproducir la condición de estos por parte del escritor, a fin de superar la asimetría mencionada, convierte el texto en una impostura, que repercute en el debilitamiento de la forma artística, justifica la acusación de simulacro o seudoliteratura y legitima el descrédito.

La desigualdad entre el emisor y el lector interfiere, así, en el proceso de escritura, restringiendo el campo de creación de la obra. Nuevamente transluce el dualismo de la literatura infantil, la cual ahora evidencia, a partir del examen de su producción, y visto el fenómeno bajo el ángulo de su recepción, nuevas características que le pueden ser añadidas.

Que la literatura infantil no puede prescindir de un receptor determinado, fue indicado anteriormente: no solo la emergencia de la infancia como público diferenciado, careciendo de (in)formación, motivó la aparición del género en una época determinada, sino que este siempre pudo suministrarle un subsidio existencial y cognitivo inalcanzable por la educación doméstica o escolar. Estas dos calificaciones tienen, a su vez, carácter contradictorio, reflejando aspiraciones diversas, la del emisor adulto y la del beneficiario niño, reforzando la asimetría mencionada, generando la adaptación y configurando, de nuevo, una dualidad. De modo que, bajo la perspectiva del destinatario, lo que la literatura infantil tiene que proporcionar debe provenir necesariamente de su inclinación dual, a fin de no desmentir o falsificar su naturaleza.

Así, oscilando el texto entre la ayuda intelectual, producto de su elaboración literaria (historia y discurso), y la formación pedagógica y moral —lo que puede muy bien acontecer en el interior de una misma narrativa—, el texto exhibe al lector la imagen de una realidad concomitantemente solidaria y enemiga, como es el propio mundo adulto y sus instituciones (escuela, asistencia médica, etc.). Este aspecto, a su vez, puede ser configurador de inseguridad, en la medida en que al receptor corresponderá una toma de decisión frente a un objeto que no presenta contornos definidos, ni objetivos explícitos.

A parte esto, el texto se volverá tanto más inquietante, porque puede penetrar impunemente en la privacidad y mundo íntimo del lector —sectores que la escuela, por ejemplo, no alcanza, al oponerse, hasta geográficamente, al hogar y, especialmente, al refugio último del niño, su dormitorio (*nursery*), espacio de la lectura. Así, es por

intermedio de la lectura, hábito vivido en la soledad, que la subjetividad del niño es virtualmente invadida. Este resultado puede ser igualmente obtenido a través del juguete (producto cuya aparición se dio en el siglo XVIII, debido también de la ascensión de la infancia) o por el juego, pero con una diferencia: estos últimos son acciones oriundas de la capacidad inventiva de los propios participantes, lo que nunca acontece con el libro, recibido listo y acabado. De este modo, si la obra literaria puede ofrecer un horizonte de creatividad y fantasía como ficción, solidarizándose con el mundo infantil, aunque refuerce su diferencia, por otro lado, ella reproduce, por su funcionamiento, las confrontaciones entre el niño y la realidad adulta. Y puede hacerlo de manera más eficiente porque se acerca al núcleo del universo infantil, alcanzando una intimidad no siempre obtenida por los más viejos, y viene a convertirse en un hábito, el de la lectura —que es una de las metas prioritarias de la enseñanza y del arte literario—, que necesita estimular intermitentemente su propio consumo.

El resultado último de esta operación de intercambio entre el texto y su destinatario es la integración de este a la cultura burguesa. Haber nacido contemporáneamente a la familia moderna de clase media, incentivar la especificidad de la infancia como franja de edad y condición humana, asumir un carácter pedagógico, al transmitir valores y normas de la sociedad que la generó, comprueban esta inserción; sin embargo, hay otro factor característicamente burgués que merece mención: la literatura infantil vincula su aparición a la emergencia de un nuevo hábito, el de lectura, y existe para propagarlo. Y la lectura, como práctica difundida en diferentes estratos sociales y franjas de edad —es decir, como un procedimiento de obtención de informaciones cotidianas y accesibles a todos, y en el ámbito erudito—, es una conquista de la sociedad burguesa del siglo XVIII. La expansión del mercado editorial, la ascensión del periódico como medio de comunicación, la ampliación de la red escolar, el crecimiento de los estratos alfabetizados; todos estos son fenómenos que acontecen durante el Iluminismo, siendo esta filosofía la sistematización y culminación teórica que justifica la praxis social, dirigida a la aceleración del proceso de civilización. El leer se ha transformado en instrumento de ilustración y señal de civilidad. Es lo que destaca Dieter Baacke: «La lectura representa originariamente el arte burgués, que es un elemento de la cultura burguesa», y describe, a continuación, las señales características de esta actitud:

En la representación de la vida burguesa, la lectura desempeña desde entonces un papel central, pues posee el ya descrito momento de civilización: distanciamiento de la acción, expansión del espacio intelectual, profundización de la sensibilidad, interiorización de opiniones y principios morales. Ninguna duda: hay una estrecha relación entre el mundo social de la vida burguesa y las formas de la realidad descritas en los libros, así como la pretensión colocada en estos últimos. Esta relación se transformó, históricamente, estructural, como mostró Norbert Elias, y hasta hoy no fue suplantada. «Cultura», del modo como ella se impuso en Europa en todos los casos, es cultura burguesa; libros son primariamente conmoción burguesa, y la lectura de los libros es primariamente expresión del nivel cultural burgués.²⁸

Por ello, cabía ser difundido el hábito de leer, lo que, si pudo ser comprendido como industrialización de la cultura, significó igualmente socialización del conocimiento. Al intervenir directamente en el contexto infantil, volviéndose un hábito, el libro participa de este proceso, trayendo a su beneficiario para la realidad que lo produjo —la de los adultos, con sus valores de consumo. De modo que la lectura, efecto de la convivencia con la lectura infantil bajo la óptica del destinatario, incorpora la duplicidad que caracteriza este género; siendo propiciadora de conocimiento, comprensión de la realidad empírica, hasta ser medio de experimentación de esta última, es igualmente un recurso para la integración del pequeño lector a la existencia burguesa, marcada por la dicotomía entre el uso y la especulación, el sector del trabajo y la privacidad, la actividad comercial y la diversión, reforzando el individualismo y el aislamiento, procesos que el niño pasa a vivenciar desde muy temprano.

LA LITERATURA INFANTIL Y EL LECTOR BURGUÉS

Una reflexión que procure abarcar la naturaleza peculiar de la literatura infantil no puede evitar la verificación de los prismas diferentes y contradictorios que el género presenta. Este es uno de los rasgos de su relevancia, no solo porque se trata de una especie artística singular, que merece, como tal, un reconocimiento teórico, sino también porque invoca la necesidad de una ponderación sobre las

²⁸ BAACKE, Dieter, *op. cit.*, p. 44.

relaciones que establece, de orden social, con el medio de donde proviene, y de orden estético, con la definición de literatura.

Al particularizarse su concepto, se muestra imprescindible el recurso a la historia, ya que las condiciones que decretaron su nacimiento se imprimen en los propios textos, apareciendo a través del didactismo, de la presencia de informaciones moralizantes y de la transmisión de normas de percepción estética. Así, acaba por legar un horizonte de expectativas —ético y/o estético— a quien no lo tenía. Este es el límite externo del libro para jóvenes, que no se liberta de una índole teleológica, originada en el carácter pragmático y finalista de la ideología burguesa que patrocinó su aparición. Asume, entonces, rasgos educacionales, haciéndose útil a la formación del niño y capturándola efectivamente, al transformar el gusto por la lectura en una disposición para el consumo y para la adquisición de normas.

Pero, en la misma proporción en que se autoimpone un objetivo, la literatura infantil invoca un receptor determinado, a quien cabe atender sus intereses. Estos son, primordialmente, los de posicionamiento frente de la realidad, que se da a él de modo fragmentario y discontinuo. Es decisivo para la supervivencia del género que responda a estas solicitaciones por intermedio de sus singularidades literarias: es el lenguaje narrativo que acaba por organizar la percepción infantil del mundo, a veces negado al niño por la escuela o por la familia. Por ello, el texto necesita ser coherente y verosímil, sin lo cual no coincidirá con las expectativas del lector. Le toca, luego, ser literatura, y ya no pedagogía. De este modo, se puede decir que el éxito del libro dependerá de su orientación para el receptor, desde términos literarios y artísticos, jamás educativos, comprobando la correspondencia simétrica en ambos movimientos que conducen a la justificativa de la existencia del libro para la infancia: de la producción para la recepción, de la pedagogía para la literatura. Así, se define una metodología de trabajo: solamente una centralización en el destinatario niño, en cuanto la comprensión de la naturaleza del sujeto de la recepción y de su relación con la literatura, o del examen de los textos, legitima un abordaje de la literatura infantil.

La cuestión de la autonomía de esta modalidad literaria comienza de esta conclusión, ya que su especificidad se vincula a la relación peculiar mantenida con el lector, que no puede ser producido ni por otra actividad, ni por el arte de la palabra en otras franjas de edad. Pero, igualmente este evento restablece su unidad con la literatura, matriz de donde se destacan los libros infantiles, porque la calidad

de orden literario no es solo una necesidad intrínseca, como autoafirmación del género, sino también la condición de debilitación de la inclinación pedagógica. Dado que esta provendrá solamente de una realización mimética y verosímil, de acuerdo con el postulado de la teoría de la literatura, se vuelve evidente que las creaciones pueden ser consideradas buenas, solo si son verdaderas en su representación.

La condición de verdad permite nuevamente retomar el didactismo. Según Baumgärtner, la inclinación pedagógica motiva el enmascaramiento de la verdad; la teoría de la enseñanza, conformista porque tiende a adecuar al sujeto a una sociedad que debe permanecer inmutable, no puede cuestionar su entorno social. Transferida al texto infantil, ella impide cualquier representación verosímil, exagerando los rasgos de positividad del *status quo* o las señales de negatividad de los aspectos marginales que puedan desestabilizar el todo circundante. Luego, no es el verismo de la representación que puede suplantar esta dificultad, si en este subsiste la intención didáctica, aunque esté presente la denuncia social, es decir, si en él se enrobustece la primacía de la palabra adulta sobre el interés del lector. Por esta razón, la plena realización literaria significa la superación del dilema realismo *versus* fantasía, así como de la asimetría, proveniente de la supremacía de la producción adulta sobre la recepción infantil. El escritor necesita considerar la peculiaridad del niño y recurrir a la adaptación; pero, esta no puede generar ingenuidad o impostura, pues los valores exigidos son idénticos a aquellos que cuentan para la evaluación del universo literario destinado a los adultos.

Por otro lado, en el debate realismo *versus* fantasía, otra acusación siempre pesa: la de que inexiste la representación de los problemas sociales y, sobre todo, de las clases populares.²⁹ La validez de esta incriminación revela, de nuevo, la circunscripción ideológica de la literatura infantil, proveniente del tratamiento diversificado que la sociedad proporciona a los niños. Como se describió antes, aunque el concepto de infancia tenga una aspiración totalitaria por ser una consecuencia, durante el siglo XVIII, de la toma del poder por la burguesía y, por lo tanto, por su cultura e ideología centralizada en la familia, de hecho hay una división profunda en lo que se refiere al tratamiento de los jóvenes provenientes

²⁹ Véase, por ejemplo, LEESON, Robert. *Children's Books and Class Society. Past and present*. London: Writers and Readers Publishing Cooperative, 1976, p. 12: «Millones de niños de la clase trabajadora saben, a partir de la experiencia personal, lo que una vida así puede implicar. Pero, para los propósitos de los libros infantiles, ellos positivamente no existen».

de clases diferentes. El niño burgués debe ser preparado para asumir su función dirigente; el niño pobre necesita ser amparado para convertirse en mano de obra. En ambos casos, la finalidad social es única, pero el adiestramiento recibido es personalizado: para liderar, el ser humano demanda unidad interior y salud mental, como de parte del proletario, para cumplir su misión, son exigidas confianza en la clase dominante y salud física. Por lo tanto, el receptor que solicita el tipo de soporte que el libro puede ofrecer proviene de la burguesía, lo que excluye el interés y la necesidad de representación de los males sociales. Se circunscribe el último límite de literatura infantil, generado, como los demás, por su condición histórica y función social, factores que, si están en la raíz de su nacimiento, forman igualmente las barreras de las que debe liberarse para alcanzar la plena realización artística y la autonomía.

Reproduce, así, de cierto modo, la situación de su lector, no por incorporar las calificaciones de minoría o inferioridad, sino porque, para ambos, urge el rompimiento del círculo de tiza de la dominación burguesa que, por intermedio de la ideología de la superioridad adulta, decreta su sumisión y manipula su descrédito. Se revela la utopía del género, que marca, por otras vías, su fundamento humanista y la eventualidad de una índole progresista, orientada a la abertura de nuevos horizontes, dentro de los que puede hasta desaparecer, así como la condición de puerilidad atribuida a su receptor. ■

